
GUÍA PARA PARTICIPAR EN EL CONCILIO

Pedro Trigo

El fundamento de la petición de los obispos a los católicos venezolanos para que participen en el concilio es que el concilio como acontecimiento es un modo privilegiado con el que cuenta la Iglesia para ahondar "en su identidad de pueblo de Dios, corresponsable todo él de la misión evangelizadora".

EJERCER LA CORRESPONSABILIDAD

Si en el concilio se van a plasmar el horizonte y los cauces de la evangelización en nuestro país para la centuria que se abre, así como también el perfil del sujeto evangelizador que la va a llevar a cabo, que es la propia Iglesia, es crucial que sea toda la Iglesia la que, reunida en oración, auscultando en el Espíritu los signos de los tiempos y poniendo cada quien a contribución los carismas y ministerios recibidos, se haga cargo en conjunto de lo que el Espíritu dice hoy a nuestra Iglesia, para que, habiendo alumbrado entre todos esa voluntad de Dios, seamos todos sujetos activos de su realización.

Si el concilio lo elaborara una maquinaria cupular al margen y de espaldas al resto del pueblo de Dios, sería casi imposible que éste asumiera algo que, a lo largo del proceso, ha sentido que le ha sido sustraído de su consideración y que, por tanto, no puede sentir sino ajeno. No dar participación sería, en el fondo, una falta de comunión que hipotecaría seriamente sus resultados. Por eso, los obispos venezolanos abren la fase preparatoria del concilio con una sincera convocatoria, con un llamado fraterno a la participación desde todas las instancias y a lo largo de todo el proceso.

Toca a todos los que nos sintamos cristianos asumir con entera responsabilidad esta invitación. Eso significa que tenemos que abrirnos a esta realidad inédita en nuestra Iglesia para hacernos cargo de lo que significa y de lo que demanda a cada cristiano y a cada grupo o plataforma organizativa. Tenemos que dedicar un tiempo para informarnos sobre la dinámica del concilio y sobre los temas que pueden llegar a tratarse en él. Como el concilio trata de la Iglesia en su concreción venezolana y de su misión aquí y ahora, en el fondo eso significa hacernos cargo de lo que implica ser cristianos y formar parte del pueblo de Dios, echar un vistazo a las distintas dimensiones de la existencia cristiana y a sus expresiones institucionales. Una vez visualizado el campo en sus diversos niveles, tenemos que preguntarnos qué marcha bien, para ahondar en ello, y qué no marcha o sentimos débil o no bien caminado, para estimular o corregir y transformar superadoramente. También tenemos que preguntarnos el porqué de las deficiencias y qué pasos podríamos dar para enderezar rumbos.

Todo esto significa que nos tenemos que encargar un poco de nuestra dimensión cristiana. Es decir, que no podemos ser meros consumidores de bienes y servicios que producen algunos. Porque ser cristianos incluye el llevarnos mutuamente, desde el amor fraterno, en la vida cristiana. No se es cristiano de un modo individualista. Un cristiano individualista es un contrasentido, porque ser cristiano es esforzarse en realizar (fuera de la Iglesia, pero ante todo dentro de ella) la fraternidad abierta de los hijos de Dios. Desgraciadamente, hay mucho individualismo en nuestra Iglesia. Por eso la preparación del concilio es una oportunidad

excepcional que Dios nos brinda para superar esa anomalía y asumir la corresponsabilidad inherente al ser cristiano, que es comunión y participación.

DOS MODOS DE PARTICIPAR LOS CRISTIANOS DE A PIE

Si sentimos que Dios nos pide un paso en esta dirección y estamos dispuestos a darlo, nos preguntaremos qué podemos hacer en concreto. Vamos a ofrecer algunas sugerencias. En primer lugar, nos referiremos a aquellos cristianos que intentan vivir su cristianismo con seriedad y entereza (es decir, no como un aspecto parcial y secundario sino como una dimensión englobante que trata de configurar los diversos niveles de la existencia), pero que no tienen un contacto articulado con la institución eclesial. Estos cristianos constituyen, hoy por hoy, la mayoría de los cristianos venezolanos. ¿Cómo pueden participar en el concilio?

Seguramente que hay aspectos que uno ha pensado muchas veces, incluso que los ha comentado con otros, cuestiones que le preocupan y que lleva en el corazón. Pueden ser elementos que se estiman importantes y que los ve desatendidos; tal vez sean cosas que él cree que se hacen mal, que le duelen profundamente y que habría que poner remedio; o, a lo mejor, se trata de lo que él piensa que es nuestro tesoro que habría que salvaguardar a toda costa y profundizar y promover y transmitir a otras generaciones... Una contribución importante para el concilio sería recoger todas esas inquietudes, escribirlas de la manera más clara posible, y, una vez plasmadas, ponerlas en la presencia de Dios, orarlas, conversarlas con él; luego, si es el caso, completarlas o profundizarlas o matizarlas o corregirlas; y, entonces, enviarlas a la oficina del

Pedro Trigo es jesuita, doctor en Teología, miembro del Centro Gumilla

concilio para que las procesen.

Si hay mil venezolanos que hacen esto con calma, con autenticidad, como un modo importante de expresar su responsabilidad cristiana y eclesial, el concilio tendrá un material riquísimo que le orientará por un camino seguro, si tiene la generosidad y valentía de dejarse iluminar por él.

Una variante de este método es conversar todo esto con un grupo reunido por esta misma inquietud. La ventaja de esta variante es que entre varios se esclarecen y perfilan mejor las cuestiones. Pero el requisito para que el diálogo signifique un avance es que sea un diálogo personalizado, es decir, que las palabras no sean mero valor de cambio sino valor de uso, que cada quien hable desde su autenticidad inexorable y que, porque busca entender, pueda también tomar en cuenta lo de los demás, pero que sea capaz también de discrepar, si es el caso. Para que el diálogo sea personalizado, cada participante debe estar abierto al designio de Dios sobre él y sobre nuestra Iglesia; así se evitará que el grupo converja en un mero espíritu de cuerpo o que las individualidades se atrincheren en sí mismas y busquen dominar la discusión. Con estas precauciones, lo que salga de, por ejemplo, media docena de reuniones espaciadas a lo largo de unos tres meses (o de mes y medio, si son semanales) puede tener el sello de lo madurado y discernido y por tanto con peso.

Esperamos que la oficina del concilio tenga la sensatez y el buen tino de acoger todo este material y procesarlo; sería expresión elemental de respeto y comunión. Si además hiciera el esfuerzo de relanzarlo todo ello sobre la propia Iglesia venezolana, se formaría sin duda un clima muy positivo de toma de conciencia eclesial, de implicación, de corresponsabilidad en suma, que equivaldría a un acto de constitución de nuestra Iglesia como Iglesia local. Sería un verdadero Pentecostés.

DIFICULTAD E IMPORTANCIA DE LA PARTICIPACIÓN DE CRISTIANOS ORGANIZADOS

La participación de los grupos organizados, por un lado, es mucho más expedita, porque existen ya los cauces; pero, por otro, está más sujeta a distorsiones y, por tanto, puede ser mucho menos significativa. Hay que ver el problema y encararlo con humildad y verdad para superar, si es el caso, los problemas de estructura, de modo que el aporte de los grupos eclesiales sea realmente personalizado. El problema es que la institución eclesiástica, como las demás instituciones criollas, de un modo bastante tácito pero real, se ha deslizado en buena medida por los cauces establecidos del dirigismo, del clientelismo, de la relación asimétrica. Muy fácilmente los grupos son del padre tal o de la hermana cual o de tal o cual laico o laica que funge de lugarteniente suyo. El problema de este modo de funcionamiento es que, al ser consuetudinario, se asume como norma, y las personas que participan aceptan su papel subordinado con entera naturalidad. Grupos así, en definitiva, se limitan a reflejar la opinión del agente pastoral que los moldea. Estos aportes obviamente no son significativos del sentir de cristianos adultos sino de la anomalía de su minoridad cristiana.

Si estos grupos tuvieran la humildad de reconocer esta situación, el proceso de participación en el concilio podría ser una ocasión propicia para progresar en autenticidad personal, de modo que, en un clima de verdadera libertad cristiana, avanzaran en el ejercicio de un diálogo adulto, con lo que él tiene tanto de respeto como de tomar realmente en cuenta las opiniones de los demás. Pero, para eso, en cada grupo hay que plantear el tema como dijimos al comienzo, es decir, que cada quien traiga por escrito, como un ejercicio de responsabilidad cristiana, lo que tiene guardado en su corazón; que se atreva a exponerlo con toda libertad y ver-

dad, como expresión de amor a la Iglesia, como contribución al proceso de irnos adecuando a lo que Dios quiere que seamos.

Este aprendizaje tiene que darse en la misma base de los grupos, pero más aún en las instancias coordinadoras. Es muy grave el peligro de que actúen como filtro que sólo deje pasar lo que se adecue a lo que ya tenían pensado los responsables que procesan el material. Hay una malformación inveterada que trastrueca inconscientemente la función de coordinar con la de adecuar al paradigma establecido. No tenemos, por lo regular, tradición de respeto a lo que viene de las bases. El presupuesto implícito es que el responsable sabe mejor que ellas su verdadero bien. Por eso, el diálogo con ellas no es entre alteridades densas, sino una estrategia para hacer valer lo propio, de modo que las bases crean que se les está dando cabida. Éste es un problema de todas las esferas de la vida nacional. Y la eclesiástica no es una excepción. Por eso, el raquitismo organizativo en nuestra Iglesia. Por eso, también, la carencia de laicos adultos y, de un modo particular, de intelectuales católicos, que no son intelectuales que sean muy devotos o muy de la institución eclesiástica sino cristianos que viven en un diálogo interno permanente entre su dimensión de fe y su condición de intelectuales.

El que los coordinadores tengan buena fe es un requisito indispensable y, hay que reconocerlo, muy difícil de alcanzar. Porque buena fe no es buena intención (de buenas intenciones, dice el dicho, está empedrado el infierno) sino respeto, respeto absoluto, el mismo respeto absoluto que tiene Dios por cada persona. Y, además, el respeto que el hermano tiene por la vivencia cristiana de los demás hermanos. Insistimos nuevamente en que tenemos mucho que crecer en esta dimensión, y en que la preparación para el concilio es sin duda una oportunidad de gracia que nos ofrece Dios.

Si los coordinadores recogen

realmente lo que llega de la base y lo hacen llegar en toda su riqueza polifónica, sin mutilar la profecía sino acogiendo todo lo que es el sentir de estos grupos organizados, si, como decíamos, no sólo se procesa sino se publica, la Iglesia se habrá ex-puesto en su ser y en sus anhelos, es decir, que existirá de un modo inédito, cualitativamente superior, y estará así en buenas condiciones para asumir su misión cargando colectivamente con ella.

DAR VOZ A LOS DE ABAJO

Hay un grupo peculiar de cristianos, que componen la mayoría del pueblo de Dios, que, si la preparación del concilio no supera los cauces establecidos, se van a quedar irremisiblemente marginados. Son los cristianos populares. La mayoría no se siente Iglesia (como reconocen los obispos) sino que viven el cristianismo en el seno del catolicismo popular (que no es sólo un ámbito devocional, como piensan bastantes, sino un sistema religioso completo). Un grupo muy significativo de ellos asume su ser Iglesia a través de su participación en comunidades cristianas, y esta vivencia transforma desde dentro su modo de concebir y practicar el catolicismo popular. Estas personas son los destinatarios privilegiados del Evangelio y del reino de Dios. Y no pocos de ellos, en medio de la precariedad que convierte su existencia en agonía, viven de fe. Son los pobres con espíritu.

Ellos estarían preparados y dispuestos a decir su palabra. Y esa palabra daría consistencia al concilio, porque tiene un peso de realidad, que es casi imposible encontrar en otra parte, incluidos los teólogos y los obispos. Pero son pobres, y en Venezuela nadie pregunta a los pobres ni los escucha. Hoy por hoy, los pobres no existen para nuestra Iglesia como sujetos adultos, si acaso como destinatarios de sus políticas de asistencia o promoción. Si no afrontamos expresamente, con la delicadeza e importancia que merece, el problema de su participación en el concilio, nos

veremos privados de las palabras más decisivas.

Cuando se les pregunta de verdad, ellos se organizan rápidamente para expresar sus opiniones. Ellos tienen muchas cosas en el corazón: propuestas de cosas que no existen y que serían muy provechosas, transformación de otras que, según ellos, no funcionan como Dios quiere, cambios en puntos bien concretos en la disciplina eclesial... Por ellos, pues, no

quedará. La pregunta es si serán tomados en cuenta como cristianos adultos que son, con su voz propia, o se los seguirá considerando como menores de edad. Es ésta una hora de gracia para empezar a rectificar a fondo esta tergiversación del evangelio que se debe a una mundanización de la institución eclesial en el sentido preciso de equiparación a las demás instituciones establecidas.

GUÍA PARA REFLEXIONAR

1. Aspectos para reflexionar:

- a. ¿Qué echo de menos en nuestra vida cristiana eclesial, y que sería necesario promover?
- b. ¿Qué cosas veo que se están haciendo mal y por tanto es necesario remediar?
- c. ¿Cuál es el tesoro o perla fina de nuestra experiencia cristiana que considero importante cuidar, profundizar, difundir y transmitir a las nuevas generaciones?

2. Formas de trabajar estos puntos:

Variante 1: Individualmente

- a. Escribe un primer borrador de lo que te sale espontáneamente.
- b. Reflexiona calmadamente cada uno de estos aspectos.
- c. Ora delante de Dios este contenido; ponte atento a lo que el Espíritu va confirmando, lo que te pide que profundices, que mates...
- d. Revisa y, si es necesario, reescribe lo que tienes entre manos.
- e. Envíalo a la oficina nacional del Concilio.

Variante 2: grupal-comunitaria.

Los puntos de reflexión son los mismos; los pasos, casi idénticos.

- Que cada quien traiga por escrito lo que ha pensado.
- En una primera ronda, se plasman sólo los consensos.
- Seguidamente, se abre el diálogo, tanto para profundizar las convergencias como para ver si surge alguna nueva y para debatir las divergencias.
- Al final se hace un balance para determinar lo que quedó zanjado y remitir para un próximo encuentro lo que no está suficientemente elaborado o decantado.

La dirección postal del concilio es la siguiente:

Concilio Plenario Venezolano
 Apartado 4897
 1010-A Caracas
 Fax: 4727029
 E-mail: <conciliopven@eldish.net>
 <conciliopven@iglesia.org.ve>